

PRESENTACIÓN

PERFILES DEL ENVEJECIMIENTO

FERNANDO ALBUERNE LÓPEZ

COORDINADOR

Cuando se encara el fenómeno del envejecimiento humano, particularmente relevante en los países desarrollados, cabe distinguir dos grandes ejes que vertebran su estudio y los retos que plantea: el *eje de la dependencia* y el *eje de la participación social*. Tales ejes podrían tomarse, al menos didácticamente y con propósitos meramente organizativos, como estructurantes de *dos grandes perfiles*, que a su vez son susceptibles de diversificarse en aras de una mayor especificación y tratamiento más ajustado.

Por lo que respecta al primero, hay que decir que sería ingenuo, aparte de falso, pretender ignorar que a medida que se incrementa la edad también aumenta la probabilidad de enfermar y desarrollar procesos crónicos e invalidantes a nivel físico, psíquico o ambos. Así, pues, este *primer perfil o eje*, relacionado con la dependencia y la necesaria atención que precisan las personas mayores dependientes, discapacitadas y/o enfermas, concita un abundantísimo número de trabajos, estudios así como planes y acciones de política sociosanitaria encaminadas a dar respuesta adecuada a esta problemática. Se relaciona este eje o perfil con la imagen del mayor, viejo o anciano (denominaciones todas ellas no exentas de determinadas connotaciones que no es el momento de discutir aquí y ahora) como una persona que ya no tiene capacidad para valerse por sí misma, que ha acumulado suficientes limitaciones y deterioros como para necesitar ayudas de diversa índole. Seguramente estamos ante la idea de viejo más presente en el imaginario colectivo y que frecuentemente sirve de apoyo para generalizaciones estereotipadas y clichés prejuiciados respecto del envejecimiento y las personas que envejecen.

Como se ha dicho más arriba —y con esto se va a ir dando paso progresivo al segundo eje vertebrador de los dos mencionados al principio de esta Presentación—, si bien no sería legítimo ignorar esta dimensión, eje o perfil del envejecer, también sería injusto, a la vez que científicamente incorrecto, sostener más o menos explícita o implícitamente, escudándose en razones de muy discutible o nulo valor científico, algunos supuestos tales como, por ejemplo:

- a.) Que la vejez es sinónimo de patología. Así se pasa por alto el hecho del *envejecimiento normal* y de que las personas no envejecen todas igual —ignorando la *variabilidad interindividual*, raíz de la innegable *heterogeneidad* de las personas mayores, una de las características que, contra el prejuicio uniformador, mejor las definen —;

- b.) Que el declinar normal (y no digamos los deterioros que evidencian un envejecimiento patológico) acontecen en y afectan siempre y con igual intensidad a todos los ámbitos de la persona. Consecuentemente se desconoce o, peor aún, se oculta el hecho de la *variabilidad intraindividual*, en virtud de la cual los cambios producidos en una determinada conducta, habilidad o capacidad fisiológica o psicológica no son predictores necesarios de los cambios en otros ámbitos fisiológicos o psicosociales;
- c.) Que todo es involución durante el proceso de envejecimiento y, por ende, difícilmente se puede encontrar valor en esta etapa del ciclo vital. Y como corolario casi inevitable de esta perspectiva oscura e inexacta se le caracteriza sólo por las pérdidas de todo tipo —físicas, psicológicas, sociales, económicas, etc.—, lo cual ciega la posibilidad para descubrir las potencialidades reales que de hecho y afortunadamente sustentan también el hecho de envejecer

Y así se podría continuar desgranando un nada despreciable rosario de clichés y prejuicios «viejistas», pero baste con este botón de muestra y las rápidas apostillas críticas a los mismos. Desde una perspectiva más optimista —que no ingenua o irreal— cabe afirmar que, sin embargo, envejecer es bueno y el alargamiento espectacular de la vida humana constituye una de las adquisiciones más relevantes de la humanidad, particularmente cuando se envejece en mejores condiciones y con mayor calidad de vida. Llegados a este punto, se desprende —viene ya insinuándose desde más arriba— el segundo eje referido a la *promoción y fomento de la participación social*.

Estrictamente sólo desde una visión realista del envejecimiento, que aúna el optimismo y el sentido de la realidad sin concesiones a un discurso fácil y demagógico, es posible plantearse el hecho y la necesidad de la participación social de los mayores. Los últimos eventos mundiales relacionados con el envejecimiento, incluida la II Asamblea Mundial celebrada en Madrid durante el pasado mes de abril, abogan decididamente en esta dirección y asumen eslóganes tan clarificadores en sus propósitos como el de «Construir una sociedad para todas las edades». Ello comporta, al menos, las siguientes consecuencias de tipo práctico a la vez que apoyadas en datos de la investigación gerontológica:

- a.) Las personas envejecen cada vez en mejores condiciones físicas y psíquicas, generando una calidad de vida desconocida hasta ahora, y promoviendo un envejecimiento activo
- b.) La vejez es una etapa más del ciclo vital con sus peculiaridades, con posibilidades y valores que no pueden ser ignorados ni mucho menos despreciados
- c.) Cada vez se torna más patente la imposibilidad de pensar en una construcción de la sociedad al margen de todas los mayores y sin su contribución, ya que son un recurso básico para el desarrollo de cualquier sociedad por sus cualificaciones, experiencias y conocimientos.
- d.) El claramente emergente colectivo de los mayores es cada vez más decididamente consciente de sus necesidades, posibilidades, derechos y deberes y, consiguientemente, demanda tanto que unas sean adecuadamente atendidas como que otros

tengan cumplimiento y repercusión social reales y no meramente nominales cuando quede bien desde el discurso sociopolítico.

e.) Entre las demandas de la población mayor hay una que cada vez se dibuja con mayor nitidez: la del acceso a una educación y formación permanente, como medio para ejercer de forma más eficaz su específica función social así como para promover un envejecimiento saludable. Cada vez resulta más claro tanto para los mayores como para las autoridades de los países que la posibilidad de aprender es un patrimonio que puede ejercitarse a lo largo de toda la vida y no se circunscribe sólo a las otras etapas del ciclo vital.

f.) Para no alargar más esta enumeración meramente ilustrativa y ejemplificadora, señalar que lo dicho tiene evidentes repercusiones concretas en el macrosistema de todo el entramado social, político, económico y cultural de los países, así como en el microsistema de la red de relaciones interpersonales.

Llegados a este punto resta contextualizar los trabajos que configuran el presente número monográfico y justificar el título que se le ha dado. Comenzaré por lo último.

Hablar de «perfiles del envejecimiento» puede resultar arriesgado, particularmente por el alcance diverso que frecuentemente se le otorga al término «perfiles», pero he decidido correr ese riesgo por cuanto permite en alguna medida mantener la correspondencia entre ejes vertebradores para el estudio envejecimiento y posibles perfiles —también con el sentido de perspectivas, manifestaciones y, si acaso, incluso ámbitos de actividad y actuación— que dimanen de ellos. En este caso se trata de rubricar con dicha expresión algunas de las variadas maneras —evidentemente no están todas las que son, pero puedo asegurar que *son todas las que están*— en que se manifiesta ese empuje creciente de los mayores por re-tomar (o no abandonar, según los casos) la actividad social y pertrecharse —concientizándose— cultural, educativa y políticamente para ello. Por tanto, entiéndase este vocablo como un intento de etiquetar de manera genérica lo que presentarán los diferentes trabajos que constituyen este Monográfico en torno al envejecimiento, sus posibilidades y retos.

Todos los artículos —y con esto entro ya en la segunda cuestión relativa a la contextualización de los trabajos— han sido pensados desde la óptica del segundo gran eje: el de la *participación social de los mayores*, que además conduce ineludiblemente a otro gran propósito cual es el de su *integración social*. [Aunque sea de pasada y a modo de paréntesis, quiero remarcar que el tema de la «integración social» no se conecta sólo con el eje de la participación, sino también con el de la dependencia (que no es el que nos ocupa en este caso), puesto que en el horizonte de los propósitos está la «construcción de una sociedad para todas las edades». Y aquí tienen cabida —no podría ser de otra manera si se quiere evitar no sólo la injusticia sino también esa otra forma de desequilibrio que es la insolidaridad— todos los mayores, sean éstos plenamente autónomos y autosuficientes o dependientes y discapacitados].

Los artículos se han ordenado y secuenciado desde reflexiones más genéricas o trabajos más generales, aunque introduciendo cierta especificidad, hasta temáticas más particulares.

Referiré brevemente cada uno cuidando no inmiscuirme en su temática y permitiendo que sea el lector quien los saboree sin interferencias por mi parte.

Así, se parte de una reflexión más global sobre la participación social (*La participación de las personas mayores. Apuntes para una agenda de intervenciones gerontológicas*) conducido por la experta mano de Mercé Pérez Salanova, directora del Proyecto SERDOM y profesora de la Universidad Autónoma de Barcelona, y una investigación acerca de la actividad y participación de los mayores (*Niveles de actividad y participación social en las personas mayores de 60 años*) que forma parte de una investigación realizada por los profesores de la Universidad de Salamanca José Luís Vega, José Buz y Belén Bueno, todos ellos implicados en el Master de Gerontología y el Doctorado sobre Psicología del envejecimiento que dirige el profesor Vega y todos ellos avezados investigadores y docentes en el campo de la gerontología. Tanto en el caso de Pérez Salanova como en el del equipo del profesor Vega se conjugan teoría y práctica, haciéndome recordar aquella aseveración —incluso principio, me atrevería a decir— de Paulo Freire sobre la teoría y la práctica, que deben acompasarse como la «inspiración y la expiración», ya que —proseguía el pedagogo brasileño— «la teoría sin la práctica es puro bla-bla-bla, y la práctica sin teoría es puro activismo».

A continuación se intercalan dos grandes temáticas:

Por un lado y como penúltimo artículo de este monográfico, una relacionada con la demanda de educación, concretada en la realidad cada día más consolidada de las Universidades para Mayores (*Los mayores, nuevos alumnos de la Universidad*). Esta aportación se concreta en un artículo que recoge y reflexiona sobre la experiencia que se desprende decantadamente de la Universidad para Mayores de la Universidad de Extremadura (UMEX), elaborado por el profesor Florentino Blázquez, en quien se aúnan su experiencia como Director de la UMEX y profesor en la misma así como el entusiasmo con que me consta promueve y alienta esta realidad.

Y por otro, un tema recurrente y con muchas posibilidades aun por explorar y explotar recogido en las recomendaciones expresadas en todos los eventos internacionales y nacionales sobre el envejecimiento: las relaciones intergeneracionales. Sobre este asunto se recogen tres artículos bien diferentes entre sí tanto por su enfoque, metodología y propósitos que persiguen, por más que lo intergeneracional permita colocarlos agrupados. Los citaré en el orden en que aparecerán, yendo como en el conjunto del monográfico de lo más amplio o general a lo más específico o concreto.

En primer lugar el avance de una interesante investigación con alcance internacional (se está trabajando con sujetos de distintos países, aunque el presente artículo se circunscribe a los datos y comentarios relativos a las familias españolas), en la que el escenario de los intercambios se sitúa en la familia, a mi juicio el núcleo primigenio y, si cabe, en algún sentido fundante de lo intergeneracional (*Dar y recibir: análisis comparativo de las prácticas de intercambio entre generaciones, preferencias y valores en las familias españolas*). La profesora María

Teresa Bazo, catedrática de Sociología del envejecimiento en la Universidad del País Vasco (UPV), sintetiza en su trabajo algunas de las aportaciones derivadas de esta investigación y las adoba desde su dilatada experiencia en el tema, planteando interesantes interrogantes sobre el particular y el papel de la familia en el intercambio entre generaciones. Esta perspectiva centrada en las dinámicas familiares es la que singulariza este artículo entre los otros dos que abordan lo intergeneracional.

En segundo lugar se ofrece una sugerente experiencia intergeneracional con una ya dilatada vida, lo cual le confiere autoridad y credibilidad a lo que refiere —comencemos ya aquí también por reconocer que la edad no es un mero acumulo de años sino también de saber— (*Aprender con las personas mayores*). En este caso el escenario se concreta en un barrio barcelonés y en el Centro Escolar (con los años ampliado en número e intensidad). Sus autores, Carmen Gárate y Jordi González, muestran espléndidamente la gestación y el desarrollo hasta el día de hoy de ese proyecto que pervive —que no es poco— y, sobre todo, ha crecido. El conocimiento del tema y la pasión con que lo abordan son ingredientes imprescindibles que justifican su éxito. Es menester señalar en este caso que, por razones de espacio, se han omitido un par de Apéndices donde se recogen las respuestas a cuestionarios pre y post contestados por los participantes —mayores y niños— en el proyecto «Aprender amb la Gent Gran».

Y, por fin, en tercer lugar, un trabajo del que sólo diré que se realizó en una comarca de las más conocidas allende las fronteras asturianas: la cuenca minera, con particulares características sociales, económicas y culturales que la hacían atractiva para desarrollar el programa que se expone (*Intergeneracionalidad y escuela: «Trabajamos juntos, aprendemos juntos»*). Aunque con anterioridad ya se habían realizado actividades de esta naturaleza en dicha comarca, es la primera vez que se llevó a cabo con carácter de programa, aunque fuese corto en su duración. Pero, lo que quizá sea más interesante, es que fue un importante factor —por supuesto no el único— que contribuyó a que a partir del año 2000 comenzasen a crecer este tipo de iniciativas, preferentemente a caballo entre los Centros Sociales de Personas Mayores y los Centros de Enseñanza Primaria preferentemente. A raíz de su presentación en el I Congreso de Personas Mayores del Principado de Asturias en junio del año 2000, no sólo se «caldeó» el ambiente, sino que entonces había acabado de ponerse el punto... y seguido a otro Programa para mi muy querido: «Testigos del siglo XX en el siglo XXI», desarrollado en una comarca totalmente distinta, en un ámbito rural, con una poblaciones más envejecidas de Asturias, que al día de hoy ya se ha expandido a otros cinco concejos. De él espero dar cuanta en breve, recogiendo todo el crecimiento cuantitativo y cualitativo experimentado hasta la actualidad. Pero hoy le toca el turno a “*Trabajamos juntos*”, en la medida quizá que fue históricamente el inicio, al menos desde mi personal trabajo en este terreno. He contado con excelentes colaboradores/as, de los que citaré aquí sólo los nombres de quienes han participado en el que hoy se expone: María del Mar Burguet, Sonia González y M.^a Jose Vijande. Y también con algún alumno, ahora ya profesional, con quien he compartido y sigo compartiendo proyectos, planes, sabores y sinsabores en el apasionante mundo del envejecimiento en general y la intervención intergeneracional en particular. Mi reconocimiento, finalmente, a Pilar Rodríguez, actual Directora General de Atención a Mayores; esta temática fue la ocasión para contactar con ella y apreciar su profesionalidad, entusiasmo y dinamismo; desde la Consejería de Asuntos

Sociales ella ha sabido impulsar esta línea de trabajo. Ojalá las instancias educativas se decidan a adentrarse en esa dinámica y a colaborar abiertamente en esta línea.

Para concluir, un último trabajo en torno a uno de los ámbitos donde parece que los mayores pueden encontrar un terreno para la acción, la solidaridad y la crítica social cual es el voluntariado como modelo de envejecimiento activo y saludable (*Voluntariado de mayores: Ejemplo de envejecimiento participativo y satisfactorio*) La profesora M.^a Silveria Agulló, de la Universidad Complutense de Madrid, junto a los profesores Esteban Agulló y Julio Rodríguez, de la Universidad de Oviedo, han elaborado un texto riquísimo en documentación y fuentes así como en las manifestaciones de los propios mayores sobre este asunto. La metodología cualitativa, a través de grupos de discusión, confiere a este artículo un calor que muchas veces se escapa cuando sólo leemos números. Y todo ello sin perder de vista un marco teórico de referencia desde el que se contextualizan tales informaciones. Suelo decir que, si bien el esqueleto conceptual es imprescindible en toda pesquisa, los músculos, nervios, piel, etc que le dan rostro aparecen cuando las personas singulares —actores concretos de esa trama— le ponen cara. Y creo que este es el caso del artículo de Agulló, Agulló y Rodríguez.

Finalizo ya esta presentación con un par de cosas. En primer lugar, agradecer a todos los autores que han colaborado el esfuerzo que han hecho para que haya sido posible este número monográfico. Un esfuerzo doble por cuanto suponía no sólo confeccionar el trabajo sino también añadir el suplemento de acercarlo a un público que, por profesión y formación, no está precisamente familiarizado habitualmente en el trabajo con las personas mayores. Y en segundo lugar, una licencia personal para cerrar la presentación.

En las últimas fechas he estado leyendo varias cosas de poesía (pienso también con Antonio Hernández que «la imaginación es el factor determinante de la investigación» y, por ello, no es infrecuente toparse con sugerentes intuiciones y aseveraciones a las que no se les debe perder la pista). Entre ellas he ojeado algunos versos de Jorge Guillén, Premio Cervantes 1976. Precisamente uno de sus trabajos lo titula, a semejanza de Cicerón, *De Senectute*. Aunque en él me ha parecido ver frecuentemente la cara unilateralmente oscura de la vejez, sin embargo hay algunos otros reflejos. Tomo el penúltimo (N.º 24) como excusa para sostener que la vejez no es el desinterés, ni el mero estéril vivir de recuerdos, sino también la preocupación creadora por el hoy y el mañana; por el pasado también sin duda, en la medida que permite —seguramente gracias a las raíces, a veces lejanas y en no pocos casos bien profundas— identificarse e identificar el hoy a la vez que ofrece la posibilidad para proyectar, aunque sea a corto plazo, el mañana. Quédense ya con Jorge Guillén:

Vejez.
Y recordó con su memoria,
Fiel a una esencia que era ya fragancia,
Las horas —muchas, muchas— tan felices
De trabajo, de amor. Y conmovido,
Sintió: ¡qué importa el resto!
— No. Me importa.